

Miércoles, 1 de mayo. San José Obrero

No ha venido a juzgar

El evangelista san Juan pone en labios de Jesús dos afirmaciones importantísimas. En primer lugar, que Dios ama al mundo. No es su enemigo. Lo ama de una forma increíble, hasta el punto de entregar a su propio Hijo, que es la prueba más grande de amor que puede haber. En segundo lugar, que Jesús no ha venido a juzgar, sino a salvar. El juicio consiste, en realidad, en el posicionamiento de cada persona ante la luz de Jesús. El que prefiere y opta por la luz se salva. El que rechaza la luz y prefiere la oscuridad se juzga a sí mismo y se pierde.

Cada día se nos presentan infinidad de ocasiones para optar por Jesús o para rechazarlo. Es ahí dónde nos jugamos (es decir, nos juzgamos) todo. Y tú, ¿prefieres la luz o la oscuridad?

Lectura del Evangelio según San Juan (Jn 3, 16-21)

Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna.

Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.

El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Unigénito de Dios.

Este es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra el mal detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras.

En cambio, el que obra la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios.

Para María Parejo, de la comunidad de Sevilla, Álvaro es un santo cotidiano:

Me gustaría hablar de este redentorista por su cercanía y honestidad, actitudes que te llegan al corazón desde el primer momento. Él es testimonio de fe y misión en lo cotidiano. Y ahora, él está dando cuenta de ello en Albania.

Hablo de Álvaro por enseñarme sin querer a no juzgar y saber que Cristo nos ama. Por enseñarme a reírse de uno mismo y convivir entre nosotros y por los otros.

Por todo esto, y mucho más, a pesar del poco tiempo que hemos coincidido juntos, presento el testimonio de aquel a quien todos llaman Lalo.



Oración

Dios Padre bueno,
que conoces mejor que yo todo lo que hay dentro de mí.
Esa parte de la que estoy satisfecho,
esa que detesto y procuro ocultar a los demás,
e incluso esa otra, insondable y misteriosa,
de la que ni yo mismo soy consciente,
pero que tú amas y acoges también como parte de mí mismo.
Aquí me tienes, Padre, entusiasta y decepcionante,
rutinario y sorprendente, luminoso y oscuro,
virtuoso y pecador, gozoso y triste.

Mírame con tus ojos de misericordia,
tú que conoces bien mis fortalezas y mis debilidades,
y enséñame a ser testigo de tu amor,
a encarnar en mi vida tu mirada de compasión,
a mirar a mis hermanos, los hombres,
con esos mismos ojos tuyos.
Que no busque juzgar, criticar y condenar, sino comprender,
disculpar y perdonar siempre a todos.

